

Se ha marchado Satanás,
confundido y macilento,
devorando amargas hieles
de vergüenza y de despecho.

Se esfumaron las arenas
calcinadas del desierto
y surgiendo van las frondas
y las fuentes y senderos.

Una nube se ha rasgado,
cual girón del firmamento,
y ya suben y ya bajan
las milicias del Eterno.

De aquel monte en la colina
yo vislumbro al Nazareno
dominando los espacios
y los hombres y los tiempos.

Como triste peregrino
que camina en un desierto,
voy cruzando de la vida
por el áspero sendero.

Y he tenido tentaciones,
como las tuvo el Maestro:
tentaciones de riqueza,
de placer, de endiosamiento.

He de estar de centinela
con los ojos muy abiertos...
Jesús mío, cuando vuelvan,
has de ser tú mi modelo:

.....
.....

¡Tus palabras, mis palabras!
¡Tu silencio, mi silencio!
¡Tus ayunos, mis ayunos!
¡Tu desprecio, mi desprecio!



Voces y expresiones viciosas

Proviniente no, proveniente sí.

LAMENTABASE el ilustre gramático D. Vicente Salvá de que hubiesen caído en desuso participios activos como

afligente, calante, cayente, colante, consumiente, desplaciente, hablante, hallante, matante, mirante, pediente, quebrante, usante, validante, velante, veyente, etc., tan empleados con anterioridad al siglo XVI.

El participio activo evita un rodeo y las lenguas son más aptas y ricas cuanto más disponen de medios con que expresar por modo directo las cosas. El *multa paucis* de los latinos no sólo debiera entenderse en el sentido de decir mucho en pocas palabras, sino de decirlo con las más apropiadas, ya que así se eluden rodeos y perífrasis. Y la mejor manera de conseguir ésto es dotar al lenguaje de todos aquellos recursos lícitos que pueden derivarse de sus propios elementos constitutivos, y una vez logrado, no arrumbarlos por inservibles o pasados de moda, sino conservarlos como oro en paño.

Pero si hoy llamáramos *afligente* al que aflige, *hablante* al que habla, *escribiente* al que escribe, *pediente* al que pide, como decimos solicitante; *velante* al que vela, *veyente* al que ve, etc., de seguro que se nos tildaría de extravagantes.

Mas no está el mal sólo en haber suprimido o desterrado del habla esos participios activos a que nos hemos referido antes, sino en desfigurar los que nos quedan, como ocurre con el que va a ser objeto de este palique. Porque el participio activo del verbo provenir, no es *provinente*, como a roso y veloso, a tuerto o a derecho, dicen los hablantes y los escribientes; y claro está que no aludimos a los humildes amanuenses y burócratas, respecto de los cuales siempre cabría disculpa, sino a empingorotados autores, cuya preeminencia les sorbe el seso de tal modo, que no reparan en estas pequeñeces...

Provinent dicen los catalanes, y los que en castellano dicen o escriben *proviniente* más hablan la lengua de Sabadell y de Tarrasa, que la de Valladolid o Palencia.

Dígase y escribese *proveniente*, y estará bien dicho y bien escrito. Bajen, pues, de su pináculo, los señores del pingorote o peruétano y pongan mientes en cosa tan sencilla como ésta, para que no se oscurezca el áureo fulgor de la gloria —de la gloria que les espera con los brazos abiertos como Penélope a Ulises— con el dislate que venimos poniendo en solfa.

D. Emilio Castelar sacó de *provenir*, *proviniente*, según vamos a ver ahora:

«Pero de pronto este silencio fué cortado por extraño ruido *proviniente* de los vidrios que cerraban la última ventana de la estancia.» (Fra Filippo Lippi).

«... rugen a una entre nosotros odios *provinientes*, más que de las rivalidades y emulaciones entre naciones diversas ...» (El suspiro del moro).

«... y al mismo tiempo aquel casto amor *proviniente* de una confianza completa ...» (Ib).

«... cuando tras aquellas canciones sonaban otras en armonía con su letra y *provinientes* de Isabel ...» (Ib).

«La noble familia de Arjona, *proviniente* del feliz Saad, antiguo compañero del Profeta.» (Ib).

Pero como no es *provinir*, sino provenir —también de venir se decía *veniente*— y por lo tanto, proveniente, solo los que digan o escriban así esta palabra, saben lo que dicen o escriben, aunque ni las lenguas les encaramen en los cuernos de la Luna, ni la gloria les haga guiños con sus ojos brillantes y deslumbradores.

«... como testamento de Santa Doradía estoy emplazado por sus parientes sobre ciertos bienes provenientes de la herencia de una tía común.» Jovellanos. (Obras).

«La iluminación, proveniente de Cristo, es universal.» P. Bernardo Aperribay. (Cristología mística de San Buenaventura).

«Sobreañadida a la deiformidad, proveniente de la imagen, la sublima, completa y perfecciona...» (Ib).

«... los actos de iluminación e inflamado amor, provenientes de los hábitos deiformes de los justos...» (Ib).

«... efecto gratuito proveniente de las Tres Divinas Personas...» (Ib).

Se nos podrá argüir, por algún reacio a aceptar como insustituible la voz proveniente, el hecho que de maldecir, por ejemplo, sale maldiciente y no *maldeciente* —sin emérgo, en tiempos pasados se ha dicho *deciente*—, y de requerir, requirente. Oponemos que maldiciente, de *maledicens*, ha optado por la forma irregular, pues maldecir es irregular de la décimotercera clase, y de requerir, irregular de la novena, lo mismo se ha derivado requirente, participio activo irregular, que requirente, de menos uso, pero que a nuestro modesto entender, debiera ser la forma preferida. Y por último, que proveniente nace de *provenir*, y *provenir* de *provenire*. Bien patente está, pues, la forma literal de su origen latino, si se exceptúa la última vocal, en nuestra lengua innecesaria.

No hay escape como vemos.

De provenir, proveniente

y quien diga lo contrario

miente, miente, miente, miente.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

PERFIL SEVILLANO

”LAGRIMAS...”

POR ANTONIO PINO VAZQUEZ

Las lágrimas son las rúbricas de los más bellos sentimientos, mas considerando desde un principio enojosas esas lágrimas que antaño derramaban mujeres, a quienes la dádiva de unas monedas sumían en la más falsa de las penas, y que con razón equilibrada, podemos muy bien juzgar de ridículo y extravagante. Pero cerremos el libro a líricas evocaciones que traen a nuestros recuerdos tristes veladas en una perdida aldea de la vieja Castilla o de la «tierra de Barros», para abrirlo por la página dorada de las lágrimas de mujer, de la mujer que sabe sufrir porque lleva en su alma el más bello sentimiento de la feminidad; lágrimas, que son efluvio divino, lluvia vivificadora o expresión sincera del sentir.

¿Qué mujer no ha llorado? De niña, por los triviales caprichos de la inocencia; luego, por la prenda de su coquetería femenina; más tarde, por el primer amor o ante la tierra sagrada que guarda celosa un ser querido. Y no sólo la mujer, ¿por qué no el hombre ha de expresar el dolor, con la firma sincera y emocional de unas lágrimas? Llorar, añorando la tierra lejana que llena nuestra alma de nostalgias, un día abandonamos... no nos avergoncemos de las lágrimas que son fontana purificadora de un alma noble.

Pero... ¿qué tienen las lágrimas en los ojos de una mujer? Ser sinceros con uno mismo es la forma de serlo también con los demás; creamos en las lágrimas femeninas, derramadas con amor, y veamos en ellas algo de la eterna Verdad. Lloró María ante su Hijo muerto... no detengamos el llanto, cuando la Mujer más sublime lo derramaba. Mujer y Madre, que son los más hermosos títulos que podemos imaginar.

Muy pronto, Sevilla verá llorar en sus calles a las vírgenes dolorosas de su Semana Mayor. Yo he visto correr esas lágrimas, por el parpadeo incesante de los cirios, tomando realce las inefables caras de las vírgenes sevillanas, por la magia blanca de la transparencia de unas lágrimas.

Por el laberinto caprichoso de las calles de Sevilla, irán nuestras vírgenes llorando, mientras la devoción del pueblo parece consolarlas. Y he visto también, cual en un espejo divino, llorar a una devota mujer, mientras en sublime éxtasis contemplaba una virgen sevillana; la he visto llorar con dolor de eternidades, porque un hijo de pocos, muy pocos años, quiso jugar con los querubines en un Imperio celeste. Yo tuve el privilegio de ver ese espejo divino de dolor, esa cara transfigurada de una mujer creyente regada por unas lágrimas que al purificar su alma, conducían por los surcos de su mejilla, al cielo de su ilusión.